



En el aula había un gran jolgorio mientras esperábamos al profesor de ciencias. Unos charlaban, otros lanzaban proyectiles de papel, y algunos corrían arriba y abajo entre huidas y persecuciones. Mientras tanto, Gomo, Mati, Wen y yo nos contábamos la última historieta de detectives que habíamos leído.

De repente, alguien dio la voz de alarma.

—¡El director! ¡Que viene el director!

—¡Eh, Sherlocks, el director!

Nuestros compis nos llamaban Sherlocks porque siempre teníamos las narices metidas en historietas de detectives. Y Sherlock Holmes era nuestro detective favorito. Más que eso: era el mejor detective





de toda la historia de los detectives, nuestro maestro en el arte de la deducción.

En un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo se lanzó a sus mesas y se quedó en silencio. El director entró con paso majestuoso. Fernando, nuestro profesor de gimnasia, le seguía con sonrisa diabólica. Y cuando nuestro profesor de gimnasia sonreía así, algo estaba a punto de pasar.

Como si fuesen bandejas, el director sostenía unos cofres en las manos. Tenían el tamaño de una caja de zapatos. Eran de madera y estaban decorados con láminas de cobre. Cuando los dejó sobre la mesa, todos los miramos con expectación.



–Queridos alumnos de sexto C del Colegio Lope de Vega, habéis sido elegidos, junto al resto de vuestros compañeros de curso, para llevar a cabo una acción solidaria.

Estábamos acabados.

–La Asociación para el Estudio del Síndrome de Apert, una enfermedad rara en los niños, intenta aumentar sus fondos de investigación. Por ello nos ha solicitado la celebración de un torneo de fútbol, junto con el Colegio Los Sauces de nuestro pueblo vecino.

Los aficionados al fútbol de la clase, que ya se veían como estrellas del torneo, reaccionaron agitando los puños, casi histéricos. Gomo, a mi lado, se puso a buscar diamantes verdes en las minas de su nariz.

–Haremos una campaña publicitaria –continuó el director–, y los vecinos que acudan a las semifinales y a la final del torneo, entrarán en el sorteo de dos pases anuales gratuitos para nuestro polideportivo, donde se celebrará el evento.

–Fran –me dijo Gomo–, nosotros no sabemos jugar al fútbol.





A continuación, el director cogió los cofres y los mostró con magnificencia.

—En estos cofres —dijo—, entregaremos las recaudaciones obtenidas y, ¡ejem!, espero tener el honor de ser yo, en representación de nuestro colegio vencedor, quien...

Gomo levantó una mano. Creo que llevaba uno de sus diamantes en la punta del dedo.

—¿Y no podemos hacer un concurso de redacciones? —preguntó.

El grupo de forofos abucheó agitando los puños. No era tan mala idea. Yo incluso habría sido capaz de hacer una sobre la fábrica de ladrillos abandonada de las afueras del pueblo. Seguro que mi redacción habría sido muy constructiva.





La Fábrica



En la fábrica
misterio estaba
por lo que no era